

Cuento.

Cómo se disuelve. Paz Herrera.

Cada vez que nos peleábamos ella corría a la puerta, con una rapidez de carrera. La abría enérgicamente y se sentía el portazo. La marca del picaporte en el durloc ya ni se resistía y las bisagras vibraban. Su energía no le permitía esperar el ascensor y bajaba corriendo por las escaleras. Se le venía el pelo a la cara y el ruido de los zapatos chocando con el piso retumbaba en todo el edificio. Las primeras veces la perseguí con angustia y miedo de verla reaccionar así. Estaba como poseída y necesitaba salir tan velozmente que a veces saltaba de a dos o de a tres escalones. Llegaba al hall del edificio y salía a la vereda casi asfixiada. Miraba a la izquierda y a la derecha, el pelo le volvía a pegar en la cara. Y empezaba a correr con locura. Llegaba a las esquinas, y si los semáforos la hacían esperar, acumulaba una cantidad de energía enorme que se liberaba cuando volvía a correr. Las primeras veces la seguí con miedo y preocupación. Ahora la observo por la ventana. Casi siempre baja por la avenida. Tarda tres minutos en llegar a planta baja, aunque si el enojo es potente tarda dos y medio. Después me imagino que cuando se cansa se sienta, camina, o tal vez llora. Vuelve siempre cuando oscurece, con cara larga y ojos húmedos. Yo creo que es su forma de liberar la ira y sentirse más liviana. Pero siempre vuelve, y cuando llega nos unimos en un abrazo y ponemos la pava.